



EL AMOR A LA CRUZ

**Por Luis Alfonso Felipe
Rodrigo Ortega
Aparicio, académico
de número de la
Academia
Guatemalteca de
Estudios
Genealógicos,
Heráldicos e
Históricos**

Amar a la Cruz es amar el designio de Dios sobre nuestras vidas. El designio de Dios sobre nuestras vidas es Su plan salvífico que ha establecido para la salvación de todo el género humano, pero, eso sí, de conformidad con la respuesta que cada uno de nosotros demos al designio.

“El que te creó a ti sin ti, no te salvará a ti sin ti”.

(San Agustín)

Le robas Gloria a Dios si no haces el acto de amor hacia Él al que estás

obligado para salvarte y para merecer el grado de Gloria que te corresponda, según los actos de amor a Dios que hagas en tu vida.

“¿Quién aunque pudiese, querría impedir tantos actos de amor de Dios, como se han hecho, hacen, y harán, desde el principio del mundo, hasta el fin, sino estando desesperado?

Confesarás tu, que sería necesario tener un corazón de demonio para no quererlos. ¿Como es posible, dirás, que quisiese yo impedir

tantos actos de amor de Dios como se han hecho, y harán en adelante todos los varones santos en este mundo?" (Dr.

Francisco Xavier Elías, presbítero del Orden de San Felipe Neri de Barcelona, traductor del francés al español de las **"Consideraciones para ejercitar, y fomentar en nuestros corazones el AMOR DIVINO"**, reimpresas en la Nueva Guatemala de la Asunción en la oficina de don **Antonio Sánchez Cubillas,** año de 1777, p. 30)

Sí, un corazón de

demonio, pues "Jesús, vuelto a él, (Pedro) le dijo: Quítateme de delante, Satanás, (llamándole así por ser un tentador) que me escandalizas.

Pretendes apartarme de la obediencia que debo a mi Padre y del sacrificio de mi vida, porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres." (San Mateo, 16, 23)

El amor a la Cruz es el amor a Dios, porque si tu impides tantos actos de amor de Dios, es mejor que consideres que "qué no sufriría antes de

impedir tantos bienes, pues considera ahora dos verdades. La una, que los Santos en el Cielo aman á Dios mas ó menos perfectamente, segun lo que le amaron en este mundo. La otra, que el amor de cada uno de los Santos, dentro de la eternidad, es mas digno en su duracion, que todos los actos de amor de Dios, por grande que sea su numero, que todos los Santos pudieron producir, durante su vida mortal: y es la razon por que el numero de estos es limitado, y la duracion de aquellos es infinita.".

(**Elías**, op. cit., p. 31)

Entonces ¿por qué no hacer una donación de tu vida al Señor, sirviéndole y amándolo de esa manera?

Donación que evidencie patentemente que Le amas y Le sirves con la entrega de tu vida a Él, y nada más que a Él, crucificándote enteramente en su Santa Cruz, para que los miembros de tu cuerpo miserable no se extiendan más a ofender a su Divina Majestad, ya que estáticos han de estar (perdiéndolos) para no ir a enfangarte al

infierno eternamente con ellos.

Esa es la Cruz que Cristo Jesús quiere para ti: la de la donación de tu vida miserable y finita a Él: el Señor de señores y Rey de reyes.

¡Merece esa entrega tuya, por amor a Él, y no por amor a los hombres, ya que ellos son el mundo también!

“Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien

quiera salvar su vida
obrando contra Mí, la
perderá: mas quien
perdiere la vida por amor
de Mí, la encontrará.

Porque de qué le sirve al
hombre el ganar todo el
mundo, si pierde su alma?
¿con qué cambio podrá el
hombre rescatarla una
vez perdida?". (**San**

Mateo, 16, 24-26) Ya
que el Demonio tirano la
tendrá para sí:

venciéndola,
explotándola, atizándola y
atorméntándola
eternamente, tal y como
Majencio lo hizo en este
mundo:

Quien tiranizaba la Italia y

el África, entregándola a la matanza, devastando a Cirta y a Cartago, sin exceptuar la prolongación, por algún tiempo, de los suplicios y confiscaciones, y las de sus prodigalidades que arruinaban a Roma y a la península, exigiendo incluso a los senadores donativos libres, a quienes sometía al desahogo de su rencor por la más mínima sospecha, al mismo tiempo que con la seducción y la violencia deshonoraba a sus esposas e hijas, y prueba de ello igualmente es el hecho de que obligó al

gobernador de Roma a cederle su esposa Sofrania, pero esta cristiana y virtuosa, pidió tiempo para adornarse y después de haber orado se dio muerte.

Esta situación desesperante provocó la marcha de Constantino el Grande hacia la Italia, y en el camino "dicen que se apareció á él y á todo su ejército, sobre el sol, un esplendor en figura de cruz, y escrito en ella: Con esta vencerás".

(César Cantú, Historia Universal —Madrid: Imprenta y Librería de Gaspar, Editores, año

de 1875, t. II—, pp. 622 y 623)

Reproduzco el grabado existente en ambas páginas, el cual representa la batalla de Constantino en contra del tirano Majencio.